

posicion del Papa, del cual no podia fiarse, aplazó cuanto le fué posible la reunion de un concilio que dependiera completamente del Papa; pues éste y sus parientes habian adelantado tanto durante la última guerra su aproximacion á la Francia, que se estaba proyectando el casamiento del duque de Orleans con una nieta de Paulo III, y éste dijo entonces en presencia de los cardenales que pensaba mostrarse como juez, ya que los príncipes (bajo cuya palabra entendia únicamente al emperador) no querian oír la voz de su pastor. Al saber la inesperada paz firmada entre Francisco I y el emperador, envió á este último un breve fechado en 24 de agosto que condenaba en términos perentorios las concesiones hechas á los protestantes en Spira, presentando al emperador, como ejemplos de emperadores adversarios de la Iglesia, sus predecesores imperiales desde Neron hasta Federico II, amenazando finalmente, si continuaba contrariando á la Iglesia, con la aplicacion de mayor rigor, es decir, con la excomunion.

Carlos V ni siquiera se dignó contestar por escrito á tan incomprensible ataque de la curia; pero en cambio se vió entonces el espectáculo singular de que los dos jefes de la reforma protestante, Calvino y Lutero, tomaran la pluma en favor del enemigo mortal de la Reforma. Calvino ensalzó al emperador por su benignidad y formalidad, mientras Lutero, excitado por su soberano el elector, habló á su manera, y segun dice Bruck manejando la pluma como un leñador maneja el hacha, diciendo que por gracia especial de Dios tenia el emperador un espíritu superior al de otros hombres y proponiendo que se quitara al Papa su Estado temporal, «que se le arrancara la lengua por la nuca, como tambien á sus cardenales, que despues celebrarian su concilio junto á la horca ó en el infierno en medio de todos los diablos.» No es este lenguaje rudo, ni la refutacion de la jactancia papal de la traslacion del imperio romano al pueblo aleman, lo que merece un interés especial, sino el hecho de que el mencionado breve, destinado á ser tenido secreto, fuese pasado á manos de los protestantes; y bien pudo suceder que el autor de esta indiscrecion fuese Granvela, que de esta suerte quisiera provocar indirectamente el escrito de Lutero. El ejemplo citado por Paulo III del mal fin de los emperadores adversarios de Lutero acerca del origen del imperio de Alemania, sino probablemente el escrito en que se pintaba con expresiones rudas la conducta falaz que otro Papa habia observado respecto del emperador Federico Barbaroja, y tambien los famosos cuadros de Lucas Cranach, en uno de los cuales figura el Papa poniendo su pié sobre la cerviz del emperador y en otro haciendo otro Papa decapitar á Conrado. Lutero redactó los epígrafes de estos grabados (en madera) de Lucas Cranach; y tanto los grabados como los epígrafes pueden servir de ejemplos de la tosquedad, groseria y salvajismo intelectuales de aquella época.

Con la duplicidad mas refinada trató Carlos V entonces de engañar al Papa y á los protestantes á la vez respecto de sus verdaderas intenciones, para poderse servir de ellos si necesario fuera. Por lo pronto fué menester que evitara el concilio y la guerra hasta que pudiese dar el golpe de un modo inesperado y sin que nadie se lo impidiera; de suerte que no le convenia todavía proclamarse defensor del principio de que los protestantes no tenian derecho á la existencia. Fracasó la tentativa de Carlos y sus consejeros de divorciar completamente á los príncipes y á las ciudades de la liga de Smalcalda, aprovechando sus opiniones contrarias respecto del asunto de Brunswick. Por otra parte el landgrave estaba curado en otoño de 1544 de su fatal credulidad, y los avisos que recibió poco despues del tratado secreto entre el emperador

y el rey de Francia, no pudieron menos de animarle á continuar trabajando en favor de una inteligencia entre Inglaterra, Dinamarca y Baviera. Eck dijo en presencia de un enviado del landgrave que él no descansaria hasta que quedaran suprimidos los protestantes, pero que antes de consentir que el emperador ganara, preferiria que todos los católicos se hiciesen luteranos. Butzer aconsejó al landgrave que no aceptara el mando militar en jefe contra los turcos en caso de que el emperador se lo ofreciese; pues que en la primavera del año 1545 se habló ya de un armisticio que el emperador pensaba pactar con el sultan, como efectivamente lo hizo en otoño del mismo año. Al propio tiempo se supo que el gobierno de los Países-Bajos tomaba disposiciones cada vez mas severas contra los herejes; y el predicador de la misma reina María se salvó de la hoguera huyendo y contó despues en Alemania que el emperador ni siquiera queria leer la Biblia, diciendo que esto solo correspondia á los teólogos. Por otra parte causó gran disgusto que Carlos V obsequiara á la duquesa de Etampes mas que á su propia hermana, cuando aquella entró con la reina Leonor, en una litera, en Bruselas, en cuya solemnidad formaron calle los frailes mendicantes, causando un singular contraste con la costumbre galante de saludar á las damas francesas dándoles un abrazo y un beso.

Poco á poco se fué apagando la aureola rodeada de la cual se habia presentado á los protestantes hasta entonces la persona del monarca español. Este, por lo demás, tuvo en el invierno que siguió á su campaña un ataque de gota tan violento, que hubo de confiar la apertura del parlamento de Worms á su hermano, no pudiendo presentarse él mismo hasta mayo de 1545. Muy significativa fué en la proposicion imperial la prevision de que no llegaria á realizarse el concilio de Trento ó si se realizara, que no podria efectuar la reforma satisfactoriamente, quedando en uno y otro caso aplazado el arreglo de la cuestion religiosa para otro parlamento. Esta indicacion del emperador respecto del concilio nacional, tantas veces condenado por el partido católico, indignó tanto al nuncio en Worms como á los legados en Trento; bien que este aplazamiento de toda la cuestion para otro parlamento significaba que el emperador no queria decidir la cuestion religiosa en Worms. Tampoco se sirvió de ninguno de los proyectos de reforma que habia encargado formular, y de los cuales el mas interesante fué seguramente el de Wittenberg, y aunque en él no se observaba el espíritu batallador de Lutero, fué firmado tambien por éste y entregado en enero de 1545 al príncipe elector. En dicho proyecto se insiste particularmente en el deseo de una union de la religion reformista con el sistema episcopal, atento que los príncipes tenian demasiada ocupacion con los asuntos civiles para gobernar satisfactoriamente la Iglesia. Por supuesto que si se concedia á los obispos la conservacion de una parte de su jurisdiccion eclesiástica, era á condicion de admitir la doctrina reformista. Esta idea habria podido conducir á la secularizacion completa, atendida la aficion reformadora de muchos príncipes eclesiásticos, en el caso de que Carlos V hubiese variado la posicion religiosa que habia adoptado ó si el imperio hubiese quedado otra vez por algun tiempo abandonado á sí mismo. En efecto, tanto Francisco de Munster como Erasmo de Estrasburgo estaban muy distantes de tener la firme resolucion del arzobispo de Colonia, y lo mismo podia decirse del sucesor del elector-cardenal-arzobispo de Maguncia (que murió en setiembre de 1545), cuyo sucesor debió su eleccion para la silla arzobispal al apoyo del landgrave, al cual prometió introducir la reforma en su electorado.

En cambio el asunto de Colonia fué causa de que Carlos V

se decidiera á la guerra religiosa, la cual quedó aplazada todavía por el mal tiempo en la primavera de 1545. En el parlamento de Worms el emperador tomó seriamente en consideracion este asunto en sus conferencias con el cardenal Farnesio, que en nombre de su abuelo le ofreció cien mil ducados para la guerra turca, al paso que solicitó para su familia la adquisicion de los ducados de Parma y Piacenza. Esta guerra contra los protestantes no encontró ninguna dificultad por parte del Papa, el cual concedió inmediatamente

200,000 coronas de su tesoro, un contingente armado de 12,000 hombres por medio año y además 500,000 coronas por cuenta de la Iglesia de España. En Worms hablaron los españoles públicamente del inmediato exterminio de los luteranos y un fraile expuso este tema hasta en el púlpito; mas la circunspeccion del emperador justificó la suposicion del cardenal Farnesio de que pudiera querer esparitar por una parte á los protestantes con el auxilio del Papa y conseguir por otra, aplazando el concilio indefinidamente, el cobro de



Mauricio, duque de Sajonia

Copia de un cuadro de Lucas Cranach el menor, que vivió desde 1515 hasta 1586

la contribucion del imperio, no hecha efectiva todavía. Al mismo tiempo queria Carlos V atemorizar al Papa con el concilio y con un debate religioso en el parlamento, para tener así á Paulo III sujeto á su voluntad. Por esto fué aplazada otra vez la guerra religiosa; y el Papa, atendiendo á los intereses de su familia, se decidió, á pesar de los consejos de sus legados, á complacer al emperador y no hacer nada en el asunto del concilio. En el acta de clausura del parlamento de Worms fué confirmada la paz existente entre los partidos religiosos, y aplazado su arreglo definitivo hasta la reunion de otro parlamento y la celebracion de una conferencia religiosa en Regensburg, no mencionándose absolutamente ni al concilio ni al Papa.

No se conocen con precision los motivos de esta política contradictoria; pero es muy posible que Carlos V, que huía de resoluciones definitivas é irrevocables y desconfiaba de todo el mundo, se quisiera reservar la posibilidad de una solucion pacífica. Solo motivos poderosos podian detener al emperador, pues que entonces no podia ser mas favorable

para él y para una rápida ofensiva la situacion política general. Por la parte del Oriente no amenazaba peligro ninguno inmediato; Inglaterra y Francia estaban todavía en guerra; el Papa se mostraba á favor del emperador, y la liga de Smalcalda habia perdido gran parte de su cohesion. No habia que esperar que los católicos alemanes aceptaran las resoluciones de una conferencia imperial y la eliminacion del Papa y del concilio al tratarse de un arreglo definitivo de la cuestion religiosa; y en cuanto á los protestantes, no era dudoso que no podian considerar el concilio de Trento como independiente y cristiano, y así lo expresó Lutero en estos términos categóricos: «Las tres palabras independiente, cristiano y aleman equivalen en el concepto del Papa y de la corte romana simplemente á veneno, muerte, demonio é infierno, cosas que el Papa no puede sufrir, ni ver, ni oír.»

No hay razon para convenir con Ranke en que los protestantes ni siquiera tuvieron el menor presentimiento de las verdaderas intenciones del emperador; mas por otra parte debemos reconocer que todos los esfuerzos de los reformis-



ba entregarse al emperador sin reservas, ni menos renegar ó vender su fe reformista, ni someterse otra vez al yugo de la Iglesia católica.

Este príncipe, de estatura elevada, esbelto, de fisonomía noble, frente espaciosa y mirada centelleante, se distinguía ya físicamente de la mayoría de sus colegas cabezudos, siendo además capaz de mostrarse uno de los primeros en los excesos bestiales de sus colegas, emborrachándose y entregándose á los placeres venéreos sin perder, no obstante, la inteligencia clara ni la voluntad de hierro. Lutero, como buen súbdito del elector de Sajonia, no estaba en favor de la segunda rama sajona, y según su costumbre vió ya detrás del joven duque Mauricio y mucho más detrás de sus consejeros impíos, la figura del mismísimo diablo; pero sorprende como rasgo característico el sereno menosprecio con que el duque Mauricio soportó las explosiones de ira del viejo reformador, contentándose con decir que aquella era una costumbre de Lutero que no merecía que se fijara en ella la atención.

Lutero, cansado intelectual y corporalmente, calificado una vez por su soberano de viejo gastado, no pudo menos de sentir en algunos momentos cierta tristeza al convencerse de que no era ya indispensable y de que le faltaban el vigor y el entusiasmo de otros tiempos para atender al gran trabajo que llevaba sobre sí, á lo cual se agregaban el cruel mal de piedra y otros achaques. Esto explica su humor triste y descontento en los últimos años de su vida y la repugnancia que le causaba la pequeñez de su sociedad de Wittenberg, y así Melancton, más de una vez, temió haberse atraído el rencor de su amigo. Hasta la corte del elector procuró evitar una ruptura entre ambos personajes, y con este objeto el elector envió á los teólogos de Wittenberg un ciervo que había cazado con el deseo expreso de que participara de él Melancton. Las personas que rodeaban á Lutero atribuyeron su frecuente mal humor al disgusto que le causaba la doctrina de Zwinglio, al que calificaba de profanador de los sacramentos; Melancton, que según se dice había sido encargado por Lutero de procurar un arreglo de la cuestión eucarística, no se atrevió ya á hablar con el anciano reformador de tan delicado asunto.

Lutero presintió las divisiones que habían de ocurrir entre los reformistas cuando dijo que sus propios partidarios le obligaban á solicitar del elector el establecimiento de una cárcel para los clérigos protestantes; y en su último sermón, que pronunció en Wittenberg, dijo: «La razón, hermosa ramera, desposada del demonio, quiere hacer creer que lo que ella dice es inspiración del Espíritu Santo.» También decía que los gobiernos necesitaban un Lutero, un adalid robusto en su gobierno civil, cuyo vigor no corrompido pudiese triunfar de la sabiduría adquirida en los libros; y sabiendo que el emperador no era este adalid comparó á la Alemania con un caballo hermoso y ágil que tiene todo cuanto necesita en abundancia y que solo le falta un buen jinete. De su mente no se separaba la siniestra esperanza de que pronto atravesaría el turco victorioso toda la Alemania, y después, el día del juicio acabaría con todas las miserias y enredos de este mundo. En el año 1541 había compuesto ya su «canción de los niños» para la nueva generación, cuya canción fué después un símbolo y consuelo del protestantismo angustiado, sobre todo el verso: «Manténnos, Señor, en tu palabra y detén al Papa y á los turcos, que quieren precipitar de su trono á tu hijo Jesucristo.» Lutero conservó todo su odio al «Anticristo» de Roma hasta los últimos días de su vida, cuando se trasladó á su ciudad natal, Eisleben, para dirimir una contienda entre los condes de Mansfeld, y hasta su último instante, cuando en la noche del 7 al 8 de febrero

de 1546 la deseada muerte le libró de todo trabajo y de las miserias que trajeron los años siguientes. Antes de entrar en la agonía oró á su «Padre celestial, á quien profanan y persiguen y del cual hacen ludibrio el Papa y todos los impíos.»

Así murió el gran reformista, uniendo, aun en sus últimas frases, la confianza humilde é infantil en su Salvador con palabras de lucha; y Melancton bien pudo decir en su sermón funerario pronunciado en la iglesia del palacio de Wittenberg, que Lutero había edificado con una mano, mientras que con la otra blandía la espada. Al mismo tiempo hizo justicia á su difunto amigo atestiguando que á pesar de ser médico de un tiempo profundamente enfermo, había tenido en medio de su violencia un corazón sincero y lleno de bondad. Esta unión del vigor indómito y de la benevolencia interior conservada en medio de todos los extravíos y disgustos de la vejez, harán eternamente simpática la figura de Lutero á los alemanes y hasta á sus mismos adversarios. Espíritus ruines se entretendrán, por supuesto, en buscar rasgos mezquinos y feos en este gran varón, como pueden encontrarse en toda persona aun en las más nobles; pero estos odios no disminuyen el valor histórico de Martín Lutero, que destruyó el monopolio de la Iglesia de Roma en el Occidente, porque la figura de Lutero está tan por encima de todo insulto como están sus defectos por encima de toda justificación.

Hacia el fin de su vida consideró las negociaciones con el sultán como un indicio del próximo fin del mundo. Carlos V y Francisco I enviaron juntos sus representantes á Constantinopla y el armisticio que se firmó en noviembre de 1545 en Andrinópolis apartó, á lo menos por algún tiempo, uno de los mayores impedimentos que encontraba la guerra religiosa. Ya hemos dicho que Francisco I aceptó muy solícito la idea de casar á su hija Margarita con el infante Felipe, que envió entonces; esto y la continuación de la guerra entre Francia é Inglaterra, que concluyó solo en mayo de 1546, quitó á los protestantes toda esperanza de verse apoyados por ambas potencias, y el emperador, además de esta inapreciable ventaja, tenía en la persona de su hermana, la reina Leonor, una aliada fidelísima que le servía de espía en el centro de la posición enemiga. Mientras Carlos, mediador muy ambiguo entre Francia é Inglaterra, se veía solicitado por los dos soberanos, la liga de Smalcalda no encontró sincero oído ni en Francia ni en Inglaterra en sus esfuerzos en pro de la paz ni para conseguir aliados. Sleidano, el historiador que posteriormente adquirió tan alta fama, pareció á un político inglés que trató con él, un «asno completo» en asuntos políticos. Estas veleidades de los protestantes, cuyos jefes jamás estaban de acuerdo sobre la dirección y objeto de su política, nada pudieron contra los medios poderosos y la política hábil del emperador, que tenía engañado á todo el mundo, tanto á Francisco I y Enrique VIII como á los miembros de la liga de Smalcalda y al Papa, el cual, según la expresión del cardenal Cervino, tenía metida una mano en las garras de una langosta. Era de prever que la embajada protestante que se dirigió en Maestricht al emperador para tratar el asunto del arzobispo de Colonia, no obtendría el resultado que esperaba; pero se aprovechó la ocasión en la corte del emperador para refutar los rumores que corrían respecto de una próxima guerra religiosa. Carlos V, antes de emprender su viaje á Regensburg, hizo correr la voz de que preparaba una nueva expedición contra Argel, y sin ejército, con la apariencia más pacífica, salió para Alemania, bien que conociendo perfectamente el peligro á que se exponía, como dice él mismo en una carta. Estaba decidido á la guerra contra los consejos de Granvela y otros. Su confesor, el padre Pedro de Soto, le había expuesto con mucha satisfacción la



Granvela

De un grabado de Juan Collaert (1545-1622), copia del cuadro de Escipion Pulzone